

Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, año XC, nº160, Enero-Diciembre 2011, pp.165-169. (Edición en soporte informático).

DONACIÓN DEL RETRATO DEL DR. MANUEL PELÁEZ DEL ROSAL, POR ANTONIO BUJALANCE, A LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

JOSÉ MARÍA PALENCIA CERESO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Como culminación del ciclo que ha supuesto esta particular aportación de la sección de Nobles Artes a la celebración del II centenario de esta ilustre Casa, nuestra Academia, toca hoy la entrega del Retrato de Ilmo. Sr. Doctor D. Manuel Peláez del Rosal, realizado por nuestro estimado compañero y amigo don Antonio Bujalance Gómez.

Mediante el mismo parece que queda “cerrada” –de momento– esa suerte de “Galería de retratos de directores”, que como filial de aquella otra matriz de personajes ilustres locales que tuvo su comienzo hace más de ciento cincuenta años, se ha venido desarrollando lentamente en sucesivas fases. De esta segunda dimos cumplida cuenta en nuestro trabajo sobre La galería de retratos de la Real academia de Córdoba (Sección pintura) que, en 1994, constituyó nuestro discurso de ingreso como Correspondiente en la sección de Nobles Artes, investigación aquella luego profundizada y desarrollada en el trabajo de catalogación de la colección de obras de arte que, hasta el año 2002, había atesorado la Academia.

Galería aquella sobre la que diré que se principió a crear en la década de 1860, presentando momentos relevantes entre aproximadamente 1865 y 1868, en que tuvo su arranque inicial de la mano de un político tan significativo como lo fue don Carlos Ramírez de Arellano; o entre 1905 y 1912, en que tendría otro importante impulso, para culminar en este otro momento dorado que se ha dado en nuestros días. Con todo ello, esta otra “subgalería” -o “corredor”- de retratos de directores puede mostrar ya, orgullosa, a un significativo elenco de personas que estuvieron al frente de la bicentenaria institución, desde el fundador Arjona, hasta el aludido Ramírez de Arellano, pasando por otros como Casas-Deza, Borja Pavón, Fernández Ruano, José Amo, Enríquez Barrios o Gómez Crespo.

Sobre el autor de este cuadro, poco he de decir pues poco hay que ustedes ya no sepan. Antonio Bujalance nació en Doña Mencía en 1934. Estudió en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba con los Díaz Fernández y Peno, y con Rufino Martos, pasando luego a la Escuela Superior Santa Isabel de Hungría de Sevilla, donde haría los tres primeros cursos por libre, finalizando su aprendizaje en 1963. Allí fueron sus profesores más destacados y maestros directos Miguel Pérez Aguilera en la asignatura de Dibujo y Señor Balbontín en la de Procedimientos Pictóricos. Ya en 1966-1967 realiza un curso para ampliar conocimientos en la Escuela de Pintura Mural Contemporánea de San Cugat del Vallés (Barcelona), lo que le permitirá conocer también las técnicas de la pintura muraria, que llegará a dominar con creces como ha demostrado a lo largo de toda su trayectoria.

En 1970 ganará en Madrid la oposición a la asignatura de Dibujo Artístico y, tras

conseguirlo, estará más de un lustro enseñando entre las Escuelas de Artes Aplicadas de Baeza y Sevilla, hasta que en 1981 regresaría definitivamente a Córdoba, donde va a dar clases en su Escuela de Artes y Oficios a lo largo de más de una docena de años, concretamente hasta 1994, en que se jubila anticipadamente por voluntad propia. Con todo ello, y con la suficiencia demostrada, puede decirse que, junto a Antonio Povedano, con el que compartiría labor docente en la Escuela, llegará a convertirse en uno de los mejores pintores andaluces de su generación, y también -yo diría-, en uno de los paisajistas más importantes de la segunda mitad del siglo XX.

Como es conocido, toda la pintura española de ese periodo estuvo transversada por un gran tópico; mejor cabría decir, por una fehaciente realidad: todo artista, o al menos todo pintor -para establecer grados-, debía ser fundamentalmente y cuando menos “paisajista”. Entiéndase por paisaje esa apertura más amplia hacia la realidad que la que impone el estrecho mundo de los objetos y de las cosas. O lo que es aproximadamente lo mismo, una apertura hacia la sensibilidad “atmosférica” de la cultura que nos rodea, entendiéndose por atmósfera aquello que envuelve – pero no aprisiona-, al hombre y a las cosas. Y es que, como escribiera Aristóteles y entendieron muy bien los regeneracionistas españoles de la Edad de Plata: el paisaje es para el hombre la naturaleza revelada.

Por ello, y como hombre de su tiempo, no será Bujalance el clasiquito paisajista decimonónico, ese más o menos avezado seguidor de Carlos de Haes, ese que encontraba en la naturaleza empírica, próxima por vecina, e inamovible, el motivo de inspiración de unas obras a construir con rigor filológico, que buscaban exaltar la infinitud de la naturaleza frente a la finitud humana.

Por contra, qué duda cabe que Bujalance va a ser “paisajista por excelencia de nuestro tiempo”, ese tipo de artista que ha llegado a superar el empirismo que la realidad impone, ese que se ha enfrentando racionalmente con las cosas para rechazar un enfoque intelectualista, y el que, en definitiva, ha manejado los motivos de la naturaleza y del paisaje urbano a su antojo para escudriñarlos con ojos del siglo XX, centuria en la que todo el paisaje físico estaba sobradamente descubierto. Pero también, sobretudo y como consecuencia, el hombre que ha acudido a la “atmósfera” para encontrar en ella los motivos de justificación de su práctica, y con ello una nueva “naturaleza revelada”.

Así nos lo ha venido demostrando durante todos estos años, particularmente desde que superara aquellos primitivos paisajes harto académicos de Baeza y la campiña cordobesa. Y también aquellos otros que nos ha dejado con motivos urbanos de Roma o Venecia, en que finalmente superaría la clásica vedute, la romántica postal turística, la rancia estampa del Canaletto o la recreación “impresionista” de Martín Rico, para ponerla al servicio del trabajo bien hecho, de la arquitectura sencillamente distribuida y magistralmente coloreada, la luz precozmente dominada de una atmósfera que, sin destruir, va a corroer los parámetros que la arquitectura concita, en favor, por tanto, de esa nueva naturaleza que el artista siente y crea.

Como ya escribí en su día, a partir de estos paisajes italianos la pintura de Bujalance sufre un proceso “podríamos decir” de ensimismamiento; de interiorización de una práctica decididamente encaminada hacia la consecución del producto bien hecho”. Pero esta interiorización en Bujalance no significa viaje hacia la timidez, o hacia el

interior del ego. Por el contrario, es un proceso de afianzamiento en el dominio de la paleta, en la madurez como artista, lo que producirá también el paso -por así decirlo- del adagio a la sinfonía del color.

Y una vez estando ahí, -en la estabilizadora madurez-, Bujalance ha hecho -o ha intentado hacer- pintura a partir de la música; o quizá mejor, música de la pintura. Y sobre todo, ha llevado su mirada como pintor paisajista y como hombre, a otros entramados atmosféricos, estableciendo una nueva mirada producida a la inversa, es decir, desde el cielo hacia la tierra, que se vuelve desde la atmósfera hacia el suelo, a vis d'oiseau, como si el ojo sagaz de una rapaz contemplara desde su cielo lo que en la esfera dominada por lo humano se produce.

Por desgracia, la mirada del artista -que habitualmente suele ser también mirada crítica- lo que ha visto ha sido la degradación a que está siendo sometida la naturaleza, y por derivación, la tierra entera. Y eso lo ha dejado bien patente una parte de su pintura, la de entre 1995 y 2005. La que, en definitiva, podríamos denominar más “ecologista”, un ejemplo de la cual cuelga hoy en el Museo de Bellas Artes de Córdoba. Pero la cosa no ha quedado solo ahí. En otras ocasiones, como en la última, esa singular mirada nueva, impregnada de conciencia planetaria, en Bujalance ha ido también a la inversa, es decir, desde el suelo hacia el cielo. Pero no hacia el primero de nuestros cielos, donde se producen los fenómenos atmosféricos que más nos determinan e influyen, no. Ha ido desde la tierra hacia las más altas atmósferas, para contemplar directamente la maravilla del firmamento, para -cual ojo de Hubble- “fotografiar” y devolver ese maravilloso espectáculo de color que se abre en cada estrella, en cada galaxia y en cada agujero negro.

De esta suerte, con su pincel ha cantado también las maravillas de la creación, de ese Big Bang primigenio, de ese caos originario que por un lado hizo posible el frágil ordenamiento que impera en nuestra existencia, y por otro a ese pequeño planeta llamado tierra, con ese frágil habitante suyo que tiene la posibilidad de “ordenar” -al menos en cuanto a entorno próximo- las condiciones de la existencia. Como hombre muy dado a disfrutar con la pintura, que en este caso es lo mismo que decir con el trabajo, y como diestro paisajista, Bujalance ha sido poco dado al retrato. Ello no quiere decir que no domine completamente su ejercicio, como ha dado suficientes pruebas en las poco frecuentes ocasiones en que a él se ha enfrentado. Recuérdese si no, esos magníficos dibujos suyos de algunos de nuestros más conocidos contemporáneos -locales y no locales-, que han aparecido publicados en prensa, por distintos medios. O su celebrado Retrato del tenor Pedro La Virgen, que hiciera de cuerpo entero en 1987 a petición del efigiado, después de no haber podido sucumbir a sus iniciales reticencias.

Y es que a Bujalance el retrato no le ha servido para poder comer, que si no probablemente, aunque en distinta mesa, manjares no le hubiesen faltado. Por tanto, no crean ustedes que el del ilustrísimo señor don Manuel Peláez del Rosal no le ha costado trabajo. Y no digo trabajo en el sentido de esfuerzo, sino que en tanto que para él ha representado un paréntesis, por cuanto supone la vuelta a un género que, por todo lo expuesto, tenía bastante olvidado.

En todo caso, al servicio de su consecución ha puesto su depurada y habitual técnica en el tratamiento del color, y el resultado no ha podido ser más halagüeño,

habiendo conseguido captar el espíritu del retratado, es decir, aquello que hay que saber aprehender para que una tez pueda llegar a ser un rostro, y no una vulgar máscara de hoja lata.

En cuanto al tema de encuadre de este retrato, hay que señalar que coincide con el realizado, por ejemplo, por Julia Hidalgo a nuestro director actual don Joaquín Criado Costa, que junto al efectuado por don Juan Hidalgo del Moral respecto a don Ángel Aroza Lara, completa esa trilogía que supone la aportación de la Sección de Nobles artes a la celebración del II Centenario de la Academia. Para Bujalance, por así decirlo, no constituye su discurso de ingreso, pues hizo ya uno como correspondiente por Doña Mencía – según fuera nominado en sesión de 6 de mayo de 1997 – entregando en su día una obra inspirada en los restos visibles de la ciudad califal de Madinat AL-Zahra. Es por tanto el retrato del señor Peláez, la segunda obra que de Bujalance posee la Academia.

Tiene además el retrato una posible lectura emblemática, en este caso escondida en la portada del libro que el Sr. Peláez presenta entre sus manos, que no es sino la efigie del célebre Cardenal Jiménez de Cisneros, con lo que el significante se abre a la indagación del sentido, que nos llevaría a establecer distintas comparaciones entre un personaje y otro, que sin duda empezaría por la condición de experimentado jurista del primero, para finalizar en lo relativo a sus connotaciones franciscanas. Pero no voy a indagar más por esta vía, porque a buen entendedor - querido Sancho -, pocas palabras bastan.

Qué duda cabe que con la trilogía de retratos entregados, que cierra éste – Criado-Aroca-Peláez según el orden de su entrega, o viceversa según prelatura o tiempo de regencia – no solo ha quedado satisfecha -y con creces- aquella queja mía en el libro de 2004 relativa a la falta de obras importantes de algunos de nuestros mejores artistas vivos, – entonces señalaba al propio Bujalance y también a Julia Hidalgo-, sino que hemos enlazado la Galería de personajes célebres con la contemporaneidad. Solo me queda, pues, expresar públicamente mi deseo de que, tantos los retratos antiguos, como estos más modernos, puedan llegar algún día a ser expuestos de manera digna en su flamante y renovada sede, evidenciando ese carácter abierto y plural que la institución siempre tuvo. Seguro que, entre todos, apartando de nuestro entorno polémicas maniqueas, podemos conseguirlo.



Retrato del Dr. D. Manuel Peláez del Rosal.